

Espiritualidad, Magisterio, Sentido de la Fe

Cardenal Eduardo Gagnon, p.s.s.

Prefecto del Consilium de Familia (Vaticano).

Mientras me estaba preparando, durante las últimas semanas, para este encuentro, las oraciones y lecturas de la liturgia me han hecho notar la similitud entre nosotros aquí y los primeros cristianos que se reunían en los tiempos apostólicos. Cuando Pedro, Pablo, Clemente y Cipriano pasaban por primera vez o regresaban a un punto central de las primeras comunidades, los fieles acudían de diversas partes para rezar juntos y para ponerse nuevamente en contacto, a través de los Apóstoles, con el pensamiento y los deseos de Cristo, Verbo del Padre, para llenarse de su Espíritu. Y los textos de las epístolas y de los escritos apostólicos quedan como testigos de lo que daba claridad a sus convicciones y les devolvía a sus Iglesias, llenos de valor y de un ardor conquistador.

Tres semejanzas sobre todo me llaman la atención:

1. La predicación apostólica: la evangelización ha sido desde el inicio, búsqueda de una espiritualidad.
2. Los primeros discípulos, sacerdotes o laicos, estaban en la condición de sembrar la Palabra en un mundo pagano, perverso; sin embargo, no vacilaron en creer que ese mundo podía ser salvado de su pecado únicamente por la aceptación del Espíritu Santificador.
3. Han sentido también que no podían realizar esta obra imposible de la transformación del mundo sino con una atención escrupulosa a la enseñanza de Cristo y de los pastores puestos por El para ser responsables de las almas.

Vamos a alimentar nuestra reflexión de estos días con documento providencial que constituye la Exhortación *Familiaris Consortio* (FC). El Santo Padre, quien puso la última mano al documento durante el período privilegiado de contacto con el Señor que fue su convalecencia después del atentado, dice que "esta Exhortación indica las orientaciones fundamentales según las cuales la Iglesia, en este fin del segundo milenio, debe vigilar sobre el matrimonio y la familia... La verdad que la Iglesia anuncia es una verdad de vida, debe hacerse vida... Esta exigencia de la verdad concierne ya sea la vida personal de los cónyuges, sea la

cultura en la que viven los esposos..." (26 nov. 1982, al Simposio Europeo sobre Matrimonio y Familia, Roma).

La Exhortación tiene toda esta importancia porque analiza las circunstancias nuevas en las que se vive la realidad conyugal y familiar, y las ilumina con toda la sabiduría acumulada por la Iglesia en el curso de los siglos.

La FC será para nosotros un instrumento eficaz de rescate de la humanidad —conforme a la proclamación del Papa de que el futuro de la humanidad se fragua en la familia— si entendemos que ella es esencialmente espiritualidad, y si nos ponemos como los Apóstoles al servicio del misterio redentor, presente y activo en la persona misma del Cristo Redentor cada instante de la historia de la humanidad.

Nada puede asegurar mejor el éxito de un seminario sobre la espiritualidad conyugal y familiar que una confrontación franca y humilde de la enseñanza luminosa de FC con vuestra experiencia propia de esposos y de padres, o de agentes de pastoral.

En conformidad con lo que me ha sido pedido, espero ser útil y dar un primer impulso a vuestras deliberaciones, sugiriendo darles como base una noción clara de la palabra *espiritualidad*, recordando cuán importante es dejarse guiar en el camino de la santidad por un Magisterio auténtico, e invitandoos a no descuidar el don del Espíritu que está en vosotros, pero sí a aprovechar al máximo vuestro carisma, vuestro sentido de la fe, para encontrar siempre nuevas vías de una espiritualidad capaz de redimir el tiempo presente.

I - Espiritualidad

Se hace necesario ante todo, tener una noción clara de lo que es *espiritualidad*. Ha existido siempre una tentación de tomar por espiritualidad ciertas formas de iluminismo, cierta evasión de los deberes concretos de la vida real, un cierto desapego o desprecio por las prosaicas necesidades en las que se mueve el vulgo.

Los autores elaboran a veces definiciones complejas de la espiritualidad o de las espiritualidades. Me contento con seguir de cerca el lenguaje de los Apóstoles y llamar sencillamente con este nombre el arte, el conocimiento, a la vez doctrinal y práctico, de lo que es "vivir por el Espíritu y según el Espíritu de Cristo", el Espíritu de Cristo que es Persona Divina. "Nosotros, decía San Pablo, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales... Nosotros tenemos la mente de Dios" (1 Co 2, 12-16).

a) *El Espíritu que nos ha sido dado.*

El breviario pone a menudo ante nuestros ojos el reclamo que San Pablo hacía a los Romanos: "No recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: *Abbá*, Padre. El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios". (Ro 8, 15-16). Creados a semejanza de Dios, estábamos ya bajo la moción de su Espíritu y llamados a vivir como hijos de Dios. Pero la rebelión del pecado ha roto esa relación, y, hasta la venida de Cristo, el hombre ha vivido más que todo en un espíritu de servidumbre y de temor.

* La pasión de Cristo y su triunfo sobre la muerte, de los que somos partícipes de la fe y el bautismo, nos obtienen el don del Espíritu. Ya no tenemos por qué temer a Dios Padre nuestro, ya que somos sus hijos de verdad.

Los padres suelen quejarse de no poder comunicar a sus hijos su propio espíritu; los hijos, dicen, no tienen el espíritu de familia, no toman a pecho los intereses del hogar, se encuentran más a gusto fuera de la casa. El Espíritu de Dios es una persona, y es una persona que el Padre y el Hijo nos mandan para que viva en nosotros, nos ilumine y nos santifique. Gran parte de las confidencias de Cristo a sus discípulos en la última Cena fueron para establecer en ellos esta certidumbre: si creemos, si el bautismo viene a autenticar nuestra fe, si la obediencia a los mandamientos viene a probar nuestro amor, el Espíritu vivirá en nosotros, Cristo no cesará de estar presente en nuestras existencias y seremos capaces de revelar el Padre al mundo. (Jn 14-17).

** En su proyecto original, "al principio" como le gusta al Papa repetir —aun si el hombre no se demoró en mostrarse pecador— Dios no ahorró los medios para revelarse como Amor y para poner en lo más profundo del corazón del hombre y de la mujer una participación de su Espíritu de amor. Su mismo poder de dar la vida, expresión suprema de su amor, no se lo reservó Dios exclusivamente para sí, sino que decidió ejercerlo mediante la colaboración del hombre y de la mujer unidos en el amor.

Lo ilustra bien la FC: "Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia *por amor*, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor*. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano". (n. 11).

Pero es en la institución del Sacramento del Matrimonio donde se

manifiesta todo el plan divino. El Espíritu de amor por el que Cristo se da cada día a la Iglesia se ofrece a los esposos cristianos para animar toda su vida. "En el sacrificio que Jesucristo hace de sí mismo en la cruz por su esposa, la Iglesia, se desvela enteramente el designio que Dios ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer desde su creación". (n. 13).

b) *Vivir del don del Espíritu.*

"Mediante el bautismo, el hombre y la mujer son insertados definitivamente en la Nueva y Eterna Alianza, en la Alianza sponsal de Cristo con la Iglesia. Debido a esta inserción indestructible, la comunidad íntima de vida y amor conyugal, fundada por el Creador es elevada y asumida en la caridad sponsal de Cristo, sostenida y enriquecida por su fuerza redentora". (FC 13).

Vivir ese don del Espíritu, recibido en los sacramentos del bautismo y del matrimonio, no puede ser, en personas libres, un brote espontáneo, una obra de improvisación. Una verdadera espiritualidad debe pedirle a la sabiduría divina las normas de un modo de ser digno del Espíritu, normas que consientan discernir lo que es moción del Espíritu y lo que es búsqueda, amor a sí mismo.

El primer Papa, San Pedro, había comprendido ya que era deber suyo confirmar a sus hermanos y que parte de este deber era definir criterios, precisar las exigencias concretas de una vida cristiana auténtica. "Por su poder divino el Señor nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad para que, por las promesas... , os hiciérais partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia". (2 Pe 1, 3-4).

Todo es don de Dios en nuestra vida espiritual, pero es un don que nos hace compartir la naturaleza misma de Dios, nos comunica su fuerza, nos empeña en la lucha contra el pecado y nos provee de virtudes múltiples para el servicio de Dios y de nuestros hermanos.

Es la descripción de toda una espiritualidad la que da San Pedro cuando deduce las consecuencias de nuestra participación a la naturaleza divina: "Poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la tenacidad, a la tenacidad la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. (ibid 5-7)".

Afán de conocer el misterio de Cristo, fidelidad en confesar las maravillas de Dios en la oración, esperanza de la vida eterna, caridad fraterna, y también repudio a lo que apetece el mundo, son los componentes constantes de la vocación cristiana en la doctrina de las Epístolas. Y para que no olvidemos ninguno de estos elementos, San Pablo nos ofrece una síntesis elocuente de lo que es la vida según el Espíritu cuando escribe

a los Gálatas: "Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis esa libertad pretexto para la carne... Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos... Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes...". ¿No son esos los pecados que hoy día están todavía en el origen de las crisis que destruyen la vida familiar y social?

"En cambio, continúa el Apóstol, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, dominio de sí...". ¿No son esas disposiciones también las que siguen siendo necesarias para asegurar la felicidad de la vida familiar? "Los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu". (Gá 5, 13-25, *passim*).

Los maestros de la vida espiritual la han definido como la práctica de la fe, de la esperanza y de la caridad, con motivación profunda en el corazón y con manifestación visible en las palabras y las obras.

Es a semejante espiritualidad que nos reconduce siempre el Nuevo Testamento. Uno no puede vivir de verdad si no renueva continuamente su adhesión de fe al misterio siempre presente de Cristo: "no vivo yo, dice San Pablo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí". (Gá 2, 20). Uno no puede perseverar en medio de las dificultades y tentaciones sino esperando, mirando hacia las realidades eternas y sabiendo que con la gracia de Dios nada queda imposible (cf. 1 Pe 1, 16-20). Uno no vive si no demuestra su amor por la observación de los mandamientos del Señor, sin sentirse constreñido, sino con alegría y generosidad: "el Señor quiere a quien da con gozo". (2 Co 9, 7).

Jesús había dicho ya en un coloquio íntimo con los discípulos: "El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para nada". (Jn 6, 63).

II - Magisterio

Por definición, vivir según el Espíritu es algo que supera nuestras fuerzas, es una vía en la que no podemos caminar sin guía.

a) *Necesidad del Magisterio*

"El Magisterio, recuerda FC, es la única guía auténtica del Pueblo de Dios" (n. 31). Esto los Apóstoles lo han aprendido del mismo Señor. Cuando Pablo pide a Tito y a Timoteo dar normas precisas de conducta

a las comunidades en vía de formación, pide lo que él mismo ha aprendido de Cristo. Se necesita una dosis extraordinaria de pretensión o de inconsciencia para afirmar, como lo hacen algunos, que Dios para respetar la autonomía en la que creó al hombre, debe abstenerse de darle más que orientaciones muy generales. El Nuevo Testamento está lleno de preceptos y de consejos sobre la obligación de conocer el misterio de Cristo, sobre el modo de orar o de vivir en medio de un mundo pecador sin dejarse contaminar por él sino, más bien, edificándolo y santificándolo.

Para negar esa evidencia, para negarles a las directrices culturales, ascéticas y morales de la Escritura, una fuerza vinculante sobre la vida espiritual de hoy; para presentar la Iglesia primitiva como una comunidad carismática sin jefes dotados de magisterio, hay que llegar a lo que me parece un ultraje a la sabiduría y a la bondad divina. Dios, en efecto, habría hecho a su Iglesia un regalo envenenado si la Escritura que le dió hubiera sido tan oscura que habría resultado un error el haberla utilizado durante siglos como normativa.

Segura de la presencia del Espíritu, la Iglesia se ha sentido siempre, para usar una expresión jurídica, en posesión tranquila de su responsabilidad y de sus derechos de *Mater et Magistra*.

Sacando de su tesoro "cosas antiguas y cosas nuevas", ha enseñado los requisitos de la perfección humana y de la perfección cristiana a generaciones continuas de santos, santos grandes por sus realizaciones extraordinarias, santos más grandes por el heroísmo de la vida cotidiana.

El Magisterio de la Iglesia es un servicio, una exigencia de fidelidad al Espíritu que el Señor ha prometido para todos los días y todos los lugares hasta el fin de los tiempos (cfr. Jn 15 ss). Es así, por ejemplo que Juan Pablo II presenta la ayuda que el Sínodo y la Exhortación FC quieren prestar a las familias: "La Iglesia consciente de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad, quiere hacer sentir su voz y ofrecer su ayuda a todo aquél que, conociendo ya el valor del matrimonio y de la familia, trata de vivirlo fielmente; a todo aquél que, en medio de la incertidumbre o de la ansiedad, busca la verdad, y a todo aquél que se ve injustamente impedido para vivir con libertad el propio proyecto familiar". (FC 1).

El Papa actual no es —y tampoco lo fueron sus predecesores inmediatos— un hombre a quien le guste mandar. Delega, en todo lo posible, el ejercicio de la autoridad. Sólo el sentido de su misión y su piedad por los pobres del Señor, expuestos a todos los vientos de doctrina y sometidos a presiones brutales o sutiles, le hace pedir que se le atienda y se le obedezca. "En un momento histórico en que la familia es objeto de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla, la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculado al bien de la familia, siente de manera más viva y acuciante su misión

de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia..." (FC 3, fin).

Lo hace el Papa sin temer el cansancio ni los riesgos. En la FC reivindica los derechos del Magisterio sobre todo en los números 5 a 8, subrayando la necesidad del discernimiento evangélico y de una sabiduría que viene de arriba para analizar las situaciones actuales y tomarlas de mano.

Lo hace también, con el mismo acento que Pablo VI en *Humanae Vitae*, en los números 28 a 35, hablando del servicio a la vida. Bien sabe desde luego, que es sobre la cuestión de la moral conyugal donde la fe y la docilidad de muchos ha tropezado sobre una piedra de escándalo. Tiene piedad de los que han sido desorientados por ciertos teólogos felices de encontrar en eso una causa popular para franquearse del magisterio doctrinal de Roma y solidarizarse con los protestantes. Tiene piedad de los que han sido arrastrados por distinciones y concesiones de pastores animados de una aparente misericordia, pero que no tienen suficiente fe en el poder de la gracia y en la capacidad de heroísmo de los esposos cristianos. Tiene piedad de la muchedumbre que no puede aceptar la palabra del Vicario de Cristo porque ni siquiera conoce a Cristo o porque le tiene miedo.

Pero esa misma piedad del Papa le obliga a hablar y a no callar ninguna de las exigencias de la verdad. Si insiste porque no dejemos a nadie en la ignorancia de la ley de Dios, inscrita en lo más profundo de nuestra naturaleza, es porque sabe por experiencia cuantas violaciones, aún meramente materiales de esta ley —que los principios tradicionales de la teología moral quizás excusarían— destruyen sin embargo el plan admirable del Creador y han llevado las sociedades, hasta las más ejemplares por su vida cristiana, al deterioro moral y social previsto por Pablo VI. Sabe cuántos esposos se han parado en el camino de la santificación por la falta de valor frente a esta ley. Sabe que la contracepción, cualquiera que sea el motivo con que se excuse, produce el egoísmo, destruye el verdadero amor y quita a los padres la capacidad de pedir a sus hijos los sacrificios y una continencia que ellos mismos rehusan.

A un grupo de sacerdotes, más bien jóvenes, venidos a Roma para seguir un curso sobre la pastoral de la paternidad responsable, el Papa decía:

“Debéis aprender a reconciliar la conciencia humana de los esposos con el Dios de la Verdad y del Amor. Debéis mostrar a los esposos que lo que la Iglesia enseña no es más que el proyecto original impreso por el Creador en la humanidad del hombre y de la mujer que se unen en el matrimonio, proyecto que el Redentor ha venido a restaurar.

“Esta enseñanza que vosotros hacéis resonar a los oídos de los hombres y de las mujeres de hoy, está ya escrita en sus corazones.

“Sabed que la fidelidad de los sacerdotes a esta verdad y a las normas morales de *Humanae Vitae* y *Familiaris Consortio* debe ser pagada a un precio alto. Uno se vuelve blanco de burla, acusado de incomprensión, de dureza y de otras cosas todavía. De hecho la verdad es difícil de aceptar para un corazón en el que reina la concupiscencia.

“La reconciliación con el Dios de la verdad pasa por la remisión de los pecados. Debéis entonces estar siempre disponibles para servir a los pecadores” (2 marzo 1984).

Notemos dos detalles en el modo de hablar del Papa. El primero es que el Magisterio no consiste únicamente en enseñar la ley de Dios sino que encuentra su dimensión total en la catequesis y administración de los sacramentos, para hacer presente al Cristo Redentor y comunicar su Espíritu, fuente de todas las victorias.

Segundo, el Santo Padre es realista, no vacila en hablar de la concupiscencia contra la que es necesario combatir. Un Padre Cartujo, confesor bien conocido del Papa, hizo una intervención impresionante durante el Sínodo sobre la reconciliación. Manifestó su convicción de que poderes humanos muy diversos y opuestos entre sí no podrían presentarse tan unidos como los vemos en su oposición al Papa y a la doctrina de la Iglesia, si no hubiera un ser extraordinariamente inteligente, el diablo, para coordinar las fuerzas y los asaltos. El secreto de su éxito está en hacer que se hable mucho del amor, que se exalte el amor, pero separándolo de la obediencia. Sin obediencia el amor está en el poder de la concupiscencia y del pecado.

Para completar la catequesis que ha hecho los miércoles desde su llegada a Roma, sobre la familia, el amor y lo que llama la teología del cuerpo, el Santo Padre ha iniciado ahora una nueva serie de discursos, siguiendo de cerca el texto mismo de la *Humanae Vitae*, y explicando cómo su doctrina es la única conforme al Plan Divino, la única que puede conciliarse con el Evangelio, la única que la Iglesia puede proponer.

Trabaja desde hace años en este tema, pues fue uno de los pocos teólogos y pastores que tomaron en serio, desde el inicio, la llamada de Pablo VI para que se estudiara y se explicara bien la doctrina de la Encíclica. Escribía él mismo en la presentación de la edición polaca de HV en 1969: “La doctrina respecto a la ética de la vida matrimonial ha sido detalladamente transmitida y definida por la autoridad del Magisterio de la Iglesia en *Humanae Vitae*. Por eso, después de la promulgación de este documento es difícil hablar, en relación a los católicos, de ignorancia inculparable o de error en buena fe”.

Nadie, a nivel de pastores, de agentes de pastoral, de parejas comprometidas en el servicio de las familias, debería sentirse en paz manteniendo un cierto distanciamiento en relación con HV, si no estudia seriamente estos nuevos discursos del Papa, profundos e indispensables.

Ya se ve en ellos que, para el Papa, no puede tratarse de proponer a los cristianos otro ideal, otra obligación que la de vivir según el Espíritu. Se ve también que el Papa se basa mucho en el texto de la Epístola a los Gálatas, en el que veíamos al inicio una definición de la espiritualidad cristiana y particularmente conyugal. El Papa indica muy bien que no puede haber una espiritualidad genuina fuera de la fidelidad a las leyes morales, ni moral cristiana que no sea ya espiritualidad. Los dones del Espíritu Santo, explicaba Santo Tomás, están al servicio de las virtudes cardinales y morales, y éstas se demuestran auténticas por una obediencia a los mandamientos movida desde el interior.

b) *Algunos puntos típicos del Magisterio actual sobre la espiritualidad conyugal y familiar.*

Uno de los peritos de este Seminario analizará los aportes de la Exhortación FC en el campo de la espiritualidad. Colocándome en una perspectiva diversa quisiera indicar algunos aspectos que me parecen típicos en el Magisterio actual. He insistido ahora sobre la obligación para una espiritualidad sincera de atenerse a la doctrina de la Iglesia sobre el servicio a la vida. La confusión que existe en ese campo causa en el cuerpo de la Iglesia heridas que los pastores tienen que identificar y curar. Pero no se limita a ese problema el Magisterio de la Iglesia. Pablo VI y Juan Pablo II repiten que para seguir en todo la ley de Dios los esposos necesitan gracias especiales que sólo un esfuerzo global de pastoral puede ayudarles a conseguir.

Desde el puesto de observación que han constituido el *Comité* y ahora el *Consejo para la Familia*, he creído notar las siguientes notas características en lo que enseña la Iglesia por la voz de su Pastor supremo. (Observo por otra parte que además de la FC y de los discursos regulares del Papa sobre el tema preciso de la familia o del amor, se encuentran muchos elementos de espiritualidad familiar en las grandes encíclicas *Redemptor Hominis*, *Dives in Misericordia*, *Laborem Exercens*, y en casi todas las instrucciones del Papa).

1. Una primera característica del lenguaje del Papa sobre la familia es de ser *optimista*. Siempre el Papa afirma su fe en los planes grandiosos de Dios sobre nosotros, en su misericordia infinita que nunca se desanima con nuestras flaquezas; afirma su fe en el hombre con la seguridad de que éste tiene una aspiración profunda, un afán de superar los límites en los que quisieran encerrarlo la mediocridad, la timidez o la satisfacción con sí mismo.

No se cansa de proclamar su fe en Cristo Redentor y en su presencia constante al mundo en la comunidad eclesial que ejerce la caridad y comunica sus sacramentos.

Esta fe optimista se manifiesta en las esperanzas que el Papa pone en la familia y en lo que le pide. Los textos de FC son ya clásicos: "El futuro de la humanidad se fragua en la familia. El futuro de la evangelización depende de la familia. Amar a la familia significa saber estimar sus valores y posibilidades, promoviéndolos siempre. Una forma eminente de amor es dar a la familia cristiana de hoy, con frecuencia tentada por el desánimo y angustiada por las dificultades crecientes, razones de confianza en sí misma, en las propias riquezas de naturaleza y gracia, en la misión que Dios le ha confiado". (nn. 86 y 52).

En la misma constatación de las crisis y pruebas de la familia en nuestro tiempo, el Papa encuentra una nueva razón de optimismo, porque llevar la cruz es para la familia un medio seguro de participar en el poder infinito del Cristo Salvador. (nn. 9 y 86).

2. Una segunda nota característica, cuando el Papa traza las líneas de una espiritualidad conyugal y familiar, es la importancia dada a la *vida sacramentaria*. El sacramento del matrimonio, pero también los demás sacramentos preparados y frecuentados en familia, son libros en los que se aprende a leer los planes del Amor divino sobre nosotros, y momentos de gracia ofrecidos a los miembros de la familia para entrar en un contacto vivificante con Cristo y su Espíritu.

Y es como una preparación o una prolongación de la vida sacramental en el interior del hogar que quisiera rehabilitar, revivificando las prácticas de piedad, de las que él mismo ha sabido servirse en su ministerio pastoral.

3. Un tercer aspecto del magisterio reciente de la Iglesia se manifiesta en el hecho de invitar a la familia a no cerrarse sobre sí misma, sino a realizarse como *Iglesia abierta* a las necesidades de la grande Iglesia y de la humanidad.

Antes del Concilio, estimulados por las enseñanzas de la Encíclica *Casti Connubii* y la renovación de la teología sacramentaria, algunos grupos de familia sintieron la urgencia de comprender más a fondo las riquezas del sacramento del matrimonio y de enseñar a los esposos cómo hallar en él una llamada a la santidad y la fuente de un amor santificador. De la convicción muy justa de que, para cumplir con los deberes hacia sus hijos y sus tareas en su ambiente profesional y social, los esposos debían empezar por asegurar la vitalidad de su propia vida de amor, de esa convicción, algunos llegaron a preocuparse casi exclusivamente de la profundización de su unión. En el momento del Concilio, la palabra espiritualidad conyugal tenía para muchos esa connotación un poco cerrada,

especialmente en algunos países que más tarde se distinguirán por su reticencia frente a la Encíclica *Humanae Vitae*.

Cuando Pablo VI estableció el *Comité para la Familia*, nos impresionó ver cómo en muchas partes los movimientos familiares y los de Acción Católica se ignoraban y aún se acusaban mutuamente o de desinteresarse de la familia, o de interesarse solamente en ella descuidando los demás ambientes por evangelizar. Recuerdo cómo el director de una importante asociación familiar, invitado a presentarse al *Comité para la Familia*, me dijo: "a nosotros lo que nos interesa no es la familia sino la pareja", expresión sintomática de una espiritualidad que contribuyó al distanciamiento entre padres e hijos. El presidente de otro movimiento nos dijo: "estamos en un dilema: hasta ahora hemos sido un movimiento de espiritualidad, ahora se nos pide que nos empeñemos en una acción social", y fue una revelación para él descubrir que no puede haber espiritualidad familiar sin apertura hacia lo social, ya que el sacramento del matrimonio es un sacramento también social.

Pablo VI propuso como una de las tareas principales del Comité la de trabajar para que el lugar, la dimensión social del matrimonio y de la familia fueran más comprendidos. Juan Pablo II ha sido, ya desde el Concilio Vaticano y durante sus años de colaboración en los albores del *Consejo para los Laicos* y de otros organismos post-conciliares, y también mediante su participación en los sínodos de obispos, uno de los principales artífices de la evolución de las ideas en este campo.

Tuvo luego, primero como miembro del *Consejo de la Secretaría del Sínodo* proyectado por Pablo VI y después como Papa, convocando y presidiendo el *Sínodo de 1980*, la posibilidad de asegurar que la misión social de la familia fuera puesta en evidencia y considerada como uno de los elementos esenciales de la espiritualidad familiar. Los números 42-48 y 63-64 de la Exhortación FC ilustran claramente los motivos por los cuales una verdadera espiritualidad debe guiar a la familia no sólo en su irradiación hacia las demás familias sino en su misión de construir la Iglesia y de humanizar y redimir la sociedad entera.

III - Sentido de la Fé

Un día estaba comentando frente al Santo Padre un artículo de Stephen Mumford, uno de los grandes maestros del secularismo y de la dominación de los países ricos sobre los pobres por medio de las campañas contra la vida. Ese autor había expresado una impaciencia furiosa contra la Iglesia: La palabra de una sola persona, decía, la palabra del Papa reduce a la nada programas que han costado millones de dólares a nuestro país para reducir la población del tercer mundo. Y concluía: No se logrará

nada mientras no llegemos a alejar de los cargos públicos a todos los católicos y a otras personas que escuchan esa palabra.

Yo decía al Santo Padre: Veá, Santo Padre, el poder de su palabra; hay que seguir hablando aún si toda la opinión pública pareciera contradecirla. Me contestó con su sencillez desarmante: No es porque habla el Papa que el mundo escucha, sino porque el Papa dice lo que Dios ha puesto de más profundo en el corazón de los hombres.

Jesús había explicado algo semejante a los Apóstoles después de la multiplicación de los panes y del anuncio de la Eucaristía. A pesar de los milagros, muchos juzgaron imposible aceptar la palabra del Señor cuando dijo: "Os daré mi carne como comida y mi sangre como bebida, y quien no las tome no tendrá la vida eterna". "Muchos se van", dijeron los Apóstoles preocupados. Y Jesús les contestó: "Os iríais también vosotros si el Padre no pusiera en lo íntimo de vuestro corazón la gracia de creer y de quedaros". (cfr. Jn 6, 65).

La teología de la misión ha retenido siempre el principio repetido por el Señor a sus discípulos hasta el día de su regreso al cielo: Vosotros, predicad el Evangelio... , dejad luego que la gracia interior venida de mi Padre cambie las inteligencias y los corazones.

Lo mismo sucede hoy con el anuncio de la verdad. A la proclamación de la doctrina por parte del Magisterio corresponde el "sentido de la fe", mantenido por el Espíritu en los corazones puros y sencillos.

El Papa ha creído siempre en ese sentido de la fe y ha acudido siempre a él en su reflexión y en sus escritos, sobre el amor y el matrimonio, por ejemplo. Convoca constantemente y escucha a personas, doctas o sencillas, en las que sabe descubrir un verdadero sentido de fe.

Insiste porque no haya confusión sobre el significado de la expresión tradicional: sentido de la fe, *sensus fidelium*. No son todas las voces, interiores o exteriores, las que merecen ser escuchadas. El drama de ciertos países donde la aplicación del Concilio ha causado divisiones penosas en el Pueblo de Dios, es que se ha escuchado a toda la gente fuera de los fieles, es decir, fuera de los que acostumbran rezar y frecuentar la iglesia, que dan vocaciones a las diócesis y a las comunidades, fieles que hubieran tenido derecho a que se les explicaran los cambios antes de imponerlos.

El Papa ha respondido en la Exhortación a la necesidad de definir lo que no es el sentido de la fe. "El sentido sobrenatural de la fe" no consiste única y necesariamente en el consentimiento de los fieles. La Iglesia, siguiendo a Cristo, busca la verdad que no siempre coincide con la opción de la mayoría. Escucha a la conciencia y no al poder... Puede recurrir también a la investigación sociológica y estadística, cuando se

revele útil para captar el contexto histórico dentro del cual la acción pastoral debe desarrollarse y para conocer mejor la verdad; no obstante tal investigación por sí sola, no debe considerarse, sin más como expresión del sentido de la fe. (FC 2)... En la base de fenómenos negativos está muchas veces una corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad, concebida no como la capacidad de realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia, sino como una fuerza autónoma de autoafirmación, no pocas veces contra los demás, en orden al propio bienestar egoísta... La historia no es simplemente un progreso histórico hacia lo mejor, sino más bien un acontecimiento de libertad, más aún, un combate entre libertades que se oponen entre sí, es decir, según la expresión conocida de San Agustín, un conflicto entre dos amores: el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, y el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios. Se sigue de ahí que solamente la educación en el amor enraizado en la fe puede conducir a adquirir la capacidad de interpretar los signos de los tiempos, que son la expresión histórica de este doble amor". (n. 6).

Una vez establecidas estas precisiones, es más bien en cuanto a sus aspectos positivos que el Papa habla del aporte necesario de los fieles, para que la enseñanza de Cristo y del Magisterio sea entendida y se adapte a las exigencias siempre nuevas del mundo que es preciso salvar.

El n. 6 de FC es importante para que los hogares tomen confianza en sí mismos y encuentren su puesto en la elaboración de una espiritualidad conyugal y familiar. "El discernimiento hecho por la Iglesia se convierte en ofrecimiento de una orientación a fin de que se salve y realice la verdad y la dignidad plena del matrimonio y de la familia. Tal discernimiento se lleva a cabo con el sentido de la fe que es un don participado por el Espíritu Santo a todos los fieles. Es por tanto obra de toda la Iglesia, según la diversidad de los diferentes dones y carismas que según la responsabilidad propia de cada uno, cooperan para un más hondo conocimiento y actuación de la Palabra de Dios.

"La Iglesia no lleva a cabo el propio discernimiento evangélico únicamente por medio de los Pastores, quienes enseñan en nombre y por el poder de Cristo, sino también por medio de los seglares. Cristo los constituye sus testigos y les dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria familiar y social. Más aún, los seglares, por razón de su vocación particular, tienen el cometido específico de interpretar a la luz de Cristo la historia de este mundo, en cuanto que están llamados a iluminar y ordenar todas las realidades temporales según el designio de Dios Creador y Redentor" (FC 6).

He tenido el privilegio, durante el Concilio, de colaborar con los auditores laicos nombrados por Pablo VI al inicio de la tercera sesión.

Fue hermoso ver cómo entendían las repercusiones concretas de los debates en curso. Pero fue muy triste ver cómo después algunos de ellos, quienes habían siempre aceptado con fidelidad y generosidad lo que enseña la Iglesia, fueron desorientados por dichos peritos, que aprovecharon una muy natural inclinación a la vanidad para transformarlos en contestatarios.

En los principios del *Comité para la Familia*, habíamos convocado a representantes de movimientos familiares internacionales. Vinieron, de Europa más que todo, parejas acompañadas por un sacerdote, director o asistente eclesiástico. Me pareció ver otra vez el fenómeno del Concilio: los laicos se mostraban sabios, perspicaces, capaces de iluminarnos, cuando hablaban a partir de su experiencia propia, del modo en que habían descubierto el amor y los sacramentos, de los auxilios encontrados en la vida eclesial y en los sacramentos para cumplir sus tareas de padres y superar las crisis familiares o conyugales. Pero era fácil reconocer que no intervenía mucho su "*sensus fidelium*" cuando no hacían más que leer textos escritos por clérigos repitiendo las tesis de la teología de moda o enunciando pretextos para abstraerse a las exigencias de un catolicismo plenario.

En Europa esos movimientos, cerrados sobre sí mismos y demasiado vinculados a un director paternalista, están perdiendo velocidad y dejan el paso a asociaciones más abiertas, preocupadas por salvar a la familia y a los jóvenes, pero al interior de un plan global de renovación del conjunto de la comunidad, asociaciones por lo demás que no tienen vergüenza en afirmar su adhesión a la persona y a la doctrina del Papa.

Mucho ha cambiado en estos últimos años, pero el Santo Padre está convencido de que hace falta volver a la reflexión que el Concilio había inspirado sobre la misión y el carisma de los seglares. Esa reflexión, de la que dan testimonio casi todos los documentos conciliares, no ha sido bastante profundizada después; no ha llevado a las realizaciones concretas que se podían esperar.

Era para recuperar el empuje perdido que Juan Pablo II había deseado que la preparación del Sínodo sobre la Familia partiera de una re-lectura de los textos conciliares relativos a la triple misión del Pueblo de Dios y de los laicos. Confiaba encontrar allí las pautas para describir el papel primordial de la familia en la realización de las misiones de la Iglesia.

No todos entendieron la perspectiva en la que se colocaba el Papa y que era la de los primeros documentos de trabajo del Sínodo. Muchos me preguntaron de qué servía esa recopilación de textos conciliares. Los documentos del Concilio parecían tener menos atractivo ya para los obispos más ancianos, sus autores. Y para los obispos más jóvenes, el Concilio parecía historia antigua quizás. Pero el Espíritu guiaba las deliberaciones

del Sínodo y se llegó al fin a una descripción de la familia como sujeto esencial en las misiones de la Iglesia.

Un observador, que acompañaba a los obispos de los Estados Unidos, comentaba después que los obispos llegaron al Sínodo preguntándose qué podía hacer la Iglesia a favor de la familia, para salvarla, pero que la Exhortación *Familiaris Consortio* habla más bien de lo que la familia puede hacer para ayudar y salvar a la Iglesia. Hacía un reproche al Papa de haber cambiado las perspectivas. Pero fue el Sínodo mismo quien había recuperado la justa dirección. Los primeros discursos hablaban de la familia como de una persona de menor edad, débil y en crisis. Pero cuando las parejas invitadas por el Papa empezaron a mostrar cómo Cristo Redentor estaba presente en su vida y en la acción de sus familias, los pastores sintieron renacer la esperanza. Y sin dejar de ver las duras realidades de la existencia actual de las familias, fueron solidarios de la convicción del Papa y afirmaron que la solución de los problemas de la familia debe partir de la familia misma (cfr. por ejemplo los nn. 17, 42, 45, de FC). "Corresponde a los cristianos el deber de anunciar con alegría y convicción la "buena nueva" sobre la familia, que tiene absoluta necesidad de escuchar siempre de nuevo y de entender mejor las palabras auténticas que le revelan su identidad, sus recursos interiores, la importancia de su misión en la Ciudad de los hombres y en la de Dios". (FC 86).

Queda todavía mucho por hacer para que esta fe en la familia se traduzca en la práctica.

Hay lugares donde se considera como promoción del laicado, más que todo, la multiplicación de los diáconos casados, de los ministros extraordinarios de la comunión, o iniciativas semejantes. Conozco una diócesis donde los sacerdotes se quedan confortablemente sentados en su silla mientras laicos distribuyen la comunión, pero donde se levantó un escándalo tremendo cuando los padres manifestaron su deseo de intervenir en el manejo de las escuelas católicas. Sin embargo si allí se ha logrado establecer escuelas católicas es en virtud del derecho que tienen los padres a escoger libremente el tipo de educación adaptado a sus hijos. En un puesto, fueron citados ante los tribunales algunos padres que habían hecho grabar por sus hijos adolescentes cursos de educación sexual que ellos, padres e hijos, juzgaban inaceptables. Sin embargo dice FC, y repite la *Carta de los Derechos de la Familia*: "La educación sexual, derecho y deber fundamental de los padres, debe realizarse siempre bajo su dirección solícita, tanto en casa como en los centros educativos elegidos y controlados por ellos. En este sentido la Iglesia reafirma la ley de la subsidiaridad, que la escuela tiene que observar cuando coopera en la educación sexual, situándose en el espíritu mismo que anima a los padres". (n. 37).

Se hace cada vez más necesario que haya teólogos laicos, —¡y casados!—; que los laicos ayuden y a menudo, suplan al clero en el

ejercicio de su propio ministerio. Pero el carisma más esencial de los laicos, indispensable, para la Iglesia y el clero, es el que está en ellos en virtud del don del Espíritu Santo para el discernimiento y el desempeño de sus responsabilidades en la vida familiar, profesional y social. No se promueve al laicado, a la familia, a la mujer, clericalizándolos. Nosotros los sacerdotes tenemos aquí un grave deber: el de mostrar, con todo nuestro modo de ser, que la condición sacerdotal no es de privilegio sino de servicio. Desdichadamente es más fácil ser "prepotente" que sencillo y capaz de escuchar.

Al escoger, para el próximo Sínodo, el tema de la "misión de los laicos en la Iglesia", el Papa es consciente de estar en continuidad con los sínodos precedentes y de indicar un camino para que esos sínodos lleven sus frutos. Siente, como también lo sienten los numerosos obispos que han sugerido el tema, la necesidad de volver a encontrar las líneas claras de la eclesiología, valorizada por el Concilio Vaticano II, que es la de la Iglesia primitiva y de todos los tiempos fuertes de la historia.

Pido a Dios que el trabajo de este Seminario para trazar las líneas fundamentales de una espiritualidad familiar, constituya una contribución al futuro Sínodo.